

TRENTO

Gabriel J. Esmero



Alas Ediciones

El autor quiere expresar su gratitud hacia todos aquellos lectores valientes, como tú, que tienes el libro entre las manos.

Primera Edición, 2016

No cometas la imprudencia de hacer uso de este texto fuera de la ética que todos tenemos en mente y nos esforzamos por mantener y entregar al mundo. Gracias.

Derechos reservados de la obra, Gabriel J. Esmero
Derechos reservados de la foto de portada, Ricard Clupés Grimal
Derechos reservados diseño gráfico, Joe Llorente

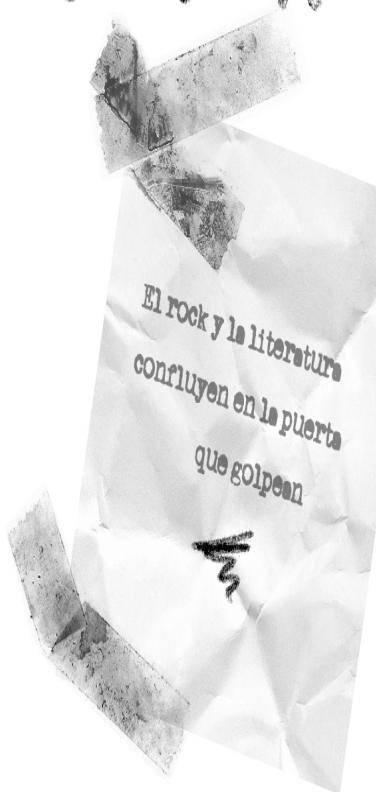
Publicado por Alas Ediciones A.S.L.
General Dávila 202B, 2A
39006 Santander
España
www.alasediciones.com

ISBN: 978-84-22222-54-5
Depósito legal: S. 10.323.1111
Impreso en el sur de la península
Diseño de colección: Joe Llorente

Este libro es fruto de un cultivo de idealismo propio de los que están muy locos. No sabemos si es sostenible, pero también es otra forma de cambiar el mundo.

A Lytton

Sebastián



Cuando vengan a por tí dejaré la puerta abierta, mandaré abrir también las ventanas de los cuartos y cogeré la manta verde que tanto te gusta. Te arroparé en el lado izquierdo de la cama y apagaré la luz, dejando entrar algunos rayos de sol por las rendijas de las persianas. Me dolerá verte las lágrimas y el llanto que en otros tiempos me desesperaban y ahora me dan fuerzas para destrozar a todos esos hijos de puta cuando llegue el momento. Cuando den las diez bajaré a la pescadería, que abre siempre los sábados, y compraré un kilo y medio de almejas tigre. No sé si se llaman así pero así las llamamos nosotros, tigres porque tienen rayitas oscuras en la concha. Espero no olvidarme del perejil, lo pediré con la educación típica que hemos adquirido de nuestras familias de provincias, ni ricas ni pobres. Espero no tener que hacer cola porque entonces me preguntarán por ti, por qué bajo solo y tú no estás. No te preocupes porque tengo recursos suficientes para contar cualquier historia que se me ocurra en ese momento, aunque mi preferida es aquella que te sitúa en un viaje de negocios con tus jefes del departamento de ventas. Esa historia da mucho de sí y sobre todo despierta la imaginación y los cuchicheos de los

vecinos. Además, puede que la adorne con datos como que tenéis que asistir a una fiesta de etiqueta y que aún no sé nada de ti, si has llegado bien o has necesitado las pastillas para el mareo. Porque desde luego tu viaje será a un lugar remoto, posiblemente atravesando el Atlántico y haciendo una o dos escalas. Los dejaré boquiabiertos, seguro que más de uno piensa en ti comiéndole la polla a tu jefe nada más llegar al hotel, mientras el muy cerdo te acaricia el pelo y te toca los hombros jugueteando con el hilo de tu sujetador. El jefe para muchos de ellos será un tipo esbelto, sin musculatura definida pero perfectamente cuadrado, corpulento y algo peludo; en resumidas cuentas, el típico hombretón que suele poseer a sus secretarias. Mientras te encuentras de rodillas impregnando de saliva su miembro, tu superior a buen seguro te dirá cosas guarras mientras piensa en los datos que ha de presentar a la mañana siguiente. Cuando te pones de pie y te incorporas, el tipo te coge los hombros con firmeza y te gira ciento ochenta grados hasta que le das la espalda. Es cuando la imaginación del carnicero o de la gorda de la frutería llega a su punto álgido. Te empuja hacia la mesa de escritorio de la habitación y con la mano izquierda te arranca las bragas de un tirón mientras con la mano derecha agarra su pene y lo introduce en tu vagina. Es entonces cuando te va diciendo, mientras bombea lentamente dentro de ti, las claves de la reunión del día siguiente. No te ve la cara porque estás mirando hacia la pared mientras detrás de ti el muy cabrón hace uso de su poder acariciándote la espalda y las nalgas de forma condescendiente, maquinando la mejor manera de proponerte una penetración anal que le haga definitivamente ser el dueño de lo que considera un trofeo *mileurista*. Cuando termina, cuando se ha corrido dentro, te incorpora con cariño mientras te acerca las bragas desgarradas. Te invita entonces a cenar, pero para el carnicero y para la gorda de la frutería el interés por el viaje de negocios ha pasado, y yo

encararé el camino a casa para cocinar las almejas recién compradas y alegrarte un poco el día. Le he dicho a nuestro perro que cuando vengan a por ti aprenda a ladrar en condiciones, que se encargue de asustar a los malvados y se mantenga firme ante lo que vendrá después. Hasta ahora solo ladra para pedir el pan y algo de agua. También para que le acariciemos el lomo, pero poco más. Cuando vemos películas los viernes por la noche, se acurruca en el sillón junto a nosotros y sueña, y en esos sueños ladra tímidamente, de forma perfectamente sincronizada con su respiración plomiza de las primeras horas de descanso. Es un can que sabe adecuar sus ladridos a ciertas situaciones, pero cuando vengan a por ti no será suficiente. He pensado en juntarlo con otros de su especie en uno de esos refugios o albergues para perros abandonados. Que con ellos aprenda a ladrar en condiciones, que nos sea útil ahora que las cosas se vuelven duras y difíciles. Ha sido un buen compañero cuando las risas y la tranquilidad de nuestra vida no necesitaban de nada salvo de sus gracias y manifestaciones de cariño. Ahora sin embargo va a ser diferente; desgraciadamente va a tener que ladrar de otra manera, aprender a morder con sus pequeños dientes y posiblemente tendrá que probar la sangre fresca. Ya sé que para los perros probar la sangre fresca es pasar a otro estadio que nada tiene que ver con su tranquila existencia como mascotas de compañía. A lo mejor el carnicero y la de la frutería, de la que vuelvo a casa para cocinar las almejas, han seguido con tu idilio con el jefe de departamento, y sufren escalofríos mientras ven tu ano untado con saliva de macho poderoso mientras te dice que relajes el culito y disfrutes del viaje. Tras un polvo por delante, siempre es bueno finalizar por la puerta trasera, te dice el muy villano. Mientras recupera sus ganas para una nueva embestida, te introduce su dedo pringoso por el recto mientras te acaricia los pezones que se balancean sobre la cama. Posiblemente es un tipo que se pasa las

noches de hotel viendo porno, y que en este último viaje se ha visto con la enorme suerte de poder desvirgar a una incauta subordinada. Cuando está a punto de introducir su polla entre tus nalgas, de repente, suena su teléfono móvil y mientras lo descuelga te introduce levemente el glande sin miramientos. El carnicero está esperando que emitas un leve grito de placer y así lo haces, y es entonces cuando tu jefe te dice que eres una cerda, que te va a romper el culo, que no te vas a poder sentar en una semana, que mañana en la reunión tendrás que llevar pañales porque te vas a cagar en cada esquina. El carnicero es un bestia, pero la gorda de la frutería es algo más romántica, y no me extrañaría que te imaginara besando al tipo mientras te toca el trasero sin más intenciones que las de introducirte primero un dedo, luego dos y finalmente decirte que si no te importa que te penetre dulcemente mientras te acaricia el clítoris. Como ves, mi historia puede dar mucho de sí en un barrio como este. Pero yo estaré subiendo por entonces a nuestro piso, entraré con el sigilo de siempre, con la bolsa de la pescadería impregnando de olor a mar todo el pasillo que lleva hasta la cocina. Me asomaré antes de iniciar el ritual con la sartén y las cazuelas a tu cuarto para ver si sigues ahí, tranquila y queda, iluminada por la luz de una mañana que poco a poco va tomando forma de mediodía. En la cocina soy otro, me vuelvo más revolucionario y liberal, me siento libre y tirano al tener en mi poder a seres vivos como estas almejas de cultivo. En el fondo, me da un poco de pena que no sean almejas salvajes porque me sentiría aún más revolucionario, exterminando y devorando animales que el hombre no ha creado. Reconozco que esta transformación en el fondo no es real, pues giro la cabeza cuando las introduzco en el agua hirviendo. No puedo dejar de fabular la realidad que presido, esta es, seres vivos introducidos en una muerte segura muy parecida a la muerte en la hoguera propia de tiempos pasados. Y soy yo el que

los ejecuta y sentencia. Cuando vengan a por ti me seguiré preocupando de todo esto, aunque en la cocina sea lo peor de la especie humana. Cuando vengan a por ti olerá entonces a vino blanco y marisco recién cocinado. Incluso puede que tengan el atrevimiento de invitarse sin pedir permiso, carcajeándose sobre nuestras sillas, diciendo gilipolleces y haciendo bromas burdas sin ningún tipo de sensibilidad ni miramiento. En ese momento supongo que haré de tripas corazón mientras maquino la mejor manera de acabar con ellos cuando llegue la hora. Una buena idea podría ser comprar algo de veneno por si esa invitación llegara a producirse. Dicen que si manejas las medidas adecuadas no te descubren, en el cuerpo es apenas imperceptible el paso de la dosis letal por las venas y los órganos vitales. Pero si soy sincero, me gustaría ser más explícito y con algo de dinero podría contratar a unos matones, rusos mismamente. Digo rusos porque hacen muy bien los trabajos que se les encarga, si les dices que sean crueles, lo son sin tan siquiera pensarlo; si prefieres que ejecuten rápido y sin opciones de réplica, son como centellas. Sí, creo que una posible opción pudiera ser esa, aunque lo importante es que sufran. Cuando vengan a por ti tengo que procurar que el sufrimiento empiece en ese momento, en el preciso instante en que te tocan la blusa mientras no te enteras, mientras te apuntan con el trabuco de turno en la sien y esperan la orden. Porque estoy seguro que harán eso, esperar la orden precisa para apretar el gatillo y apuntarse el tanto. Luego se pasearán pesarosos por las calles donde naciste y dirán que qué desgracia, que ellos sienten mucho todo lo ocurrido, toda esa mierda que confunde a la gente, que parece que limpia conciencias pero en realidad esparce la mierda por todo el paseo inmaculado de baldosines. Creo que contrataré una buena banda de matones que sepan apreciar el olor de las almejas tigre mientras palidecen en la cazuela sin escapatoria. Si te fijas, no es lo mismo hacer un trabajo

tan desagradable con la imagen de un mar en calma y su olor salino que hacer un trabajo sabiendo que la sangre huele a sangre y que no hay nada más que disimule tal olor a pérdida. Creo que la banda tendrá que ser discreta. Sus matones no tendrán nada que perder. Los que vengan a por ti no tendrán imaginación alguna, ni recursos para ir más allá de los gritos y de tu sueño que ojalá no te abandone. Cuando vengan a por ti me acordaré de la historia que el pobre carnicero no deja de inventar mientras está cagando en su baño sucio y roñoso de extrarradio. Se mira la polla mientras hace esfuerzos por echar una mierda pringosa y de color sospechoso. Mala señal, me parece a mí, dudo que le queden más de seis meses. Es una mierda amarilla que ni siquiera huele a nada. Se mira la polla mientras piensa en ti, en tu cena con los jefes, te imagina con el coño resentido mientras pides el primer plato y os ponéis al día para los avatares del día siguiente. Sin embargo yo de vez en cuando aparezco por tu cuarto para comprobar que sigues descansando, que para ti todo es ajeno ahora que el asunto se ha decantado por el otro bando. El puto profesional de la venta de productos cárnicos llega a los postres y te mira el escote insinuante. Mejor dicho, fabula con él, y también con uno de los jefes que sigilosamente introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta colgada en el respaldo de la silla, y se asegura de que la crema lubricante para untártela en el culito está donde la había dejado. Espera a los postres, y el muy pervertido inventa en su memoria las lindezas que te va a decir mientras los dos te envisten por los agujeros que les ofrecerás abiertos de par en par. El carnicero se mira la polla y se empieza a empalmar y mea fuera del retrete, en la baldosa del baño. Daría cualquier cosa porque dejarais los postres en el plato y os retirarais a la habitación. Cuando vengan a por ti nada de lo que este enfermo terminal piense o imagine tendrá relevancia, no te enterarás de cuando la fiesta empiece ni de cuando llegue a su fin.

Tampoco te creas que me gusta mucho cómo construye el mundo a su medida la gorda de mierda, con el romanticismo de tus dos acompañantes mientras uno de ellos te estruja un pezón y el otro se ríe con la botella de champán entre los labios. Y tú resoplas y tienes el sexo húmedo, y luego las bromas del cigarro de después a las que tan aficionada resulta ser esta pervertida. Yo creo que le gustaría a ella que le hicieran daño, que le dejaran marcas mientras la sodomizan en una habitación de hotel. Imagino yo también historias ajenas, y tengo la impresión de que su marido solo la mira cuando huele a huevos fritos y chorizo en la cocina. No me extraña que ignore su paso por el piso, esa gorda de mierda jamás podrá atraer a nadie, y no por ser gorda, que lo es, sino por ser tan asquerosamente desagradable. Sin embargo a ti te tiene encuadrada en una habitación de hotel de trazos rectos, con los suelos y paredes en tonos blancuzcos, con las sábanas sin motivos, lisas, recién hecha la cama y dispuesta a ser arrugada por tus manos y tus rodillas cuando los jefes te ponen a cuatro patas y el resto lo inventan ellos. Sí, el barrio a veces resulta de esta manera, de gente desagradable que daría todo por matar después de ejecutar el acto, por hacer heridas en carnes frescas. La gorda de la frutería y el cerdo del carnicero tienen las horas contadas. Solo hay que ver el pedazo de mierda amarillenta que sale del culo del muy cerdo y las manchas en la piel que la mujer esconde con la faja y el vestido. Cuando vengan a por ti espero que ellos hayan muerto antes, que dejen sus historias aparcadas bajo una losa de mármol, con algún epitafio poco original. De todos modos intentaré también otras estrategias para poder afrontar el momento cuando vengan a por ti. El olor salino que nos dan las almejas tigre es una buena estrategia, y un vino blanco helado es otra manera de hacer ese momento más sencillo. Puede que algo de música pinchada en el tocadiscos ayude, cantantes quejumbrosos, ya sabes...*nadie podrá con no-*

sotros, pero estuvieron muy cerca... Muchas veces me decías eso, que estuvieron muy cerca, pero que sobrevivimos con la dignidad y la honestidad intactas. Cuesta, me decías, mantener la dignidad cuando la dignidad es la excepción, cuando no es un activo valorado y todo el mundo se ríe del que la posee. Nadie podrá con nosotros, recuerda, pero estuvieron cerca de conseguirlo. Ahora duermes plácidamente entre columnas de luz que se cuelan en tu cuarto a través de las ventanas. Hacía mucho tiempo que no descansabas tan bien, al margen de los disgustos y las embestidas de esta mala gente que viene a por ti. Me decías que si preguntan por mí, tú di siempre que no estoy. Y esa frase siempre me hacía pensar en un grupo de rock de los ochenta. Y la verdad es que seguí tu petición a rajatabla. Poco a poco fuimos despegándonos de los amigos. Llamaban pero siempre les ponía excusas variadas. Unas veces estabas lavándote el pelo y todos sabían lo que tardabas cuando entrabas al baño. Otras veces simplemente les decía que te habías acostado, que estabas muy cansada de la semana y que últimamente te acostabas pronto. Te contaba quiénes habían llamado y me decías que te pondrías en contacto con ellos, pero no sacabas ganas. Y el teléfono fue dejando de sonar hasta ser un extraño en nuestra casa. Ahora lo tenemos como si fuera un cuadro más, algo decorativo que evoca los tiempos más amables. Sigo teniendo la esperanza de que alguna vez suene y nos ponga de nuevo en los límites de la realidad. Cuando vengan a por ti, por lo tanto, sé que estaremos solos, por nuestro desinterés y porque nos fuimos descolocando según pasaban los días de la realidad tan dañina. Estábamos como desorientados, como estupefactos ante tanto deterioro. Como una sombra era capaz de ir oscureciéndolo todo sin que nadie se diera cuenta. Ni siquiera el carnicero asqueroso se percataba de que algo no marchaba, de que su mierda cada día era más clara y que las pequeñas molestias que sentía en el es-

tómago no le abandonaban con el paso de las semanas. Sin embargo se debió de ir acostumbrando a la incomodidad de los pinchazos en el vientre porque no se decidía a ir al médico ni por asomo. Por esos tiempos, cuando iba a comprar algo de lomo de cerdo para alegrarte el día, se le veía una expresión de enfermo, aunque todos evitábamos cualquier contacto con esa certeza que se iba aproximando. Cuando vengan a por ti no podremos esquivar lo que ocurra, no tengo muy clara la manera de sobrevivir al día después, cuando la visita lo haya arrasado todo y tú no hayas sido capaz de despertarte. De momento no me adelanto, yo a lo mío, pienso en los rusos y lo que podrían hacer con esos hijos de perra, pienso en el barrio y en las historias que se inventan los guarros como el carnicero pensando en tu culo, en tus polvos salvajes con tus jefes en alguna tierra desconocida, en nuestro perro que para querer se compró y ya no sirve. Pienso que todo es un barco a flote gracias a leyes físicas que no entiendo ni tengo intención de entender. Tengo que planificar muy bien la manera de que sobrevivas cuando vengan a por ti.